



Ut unum sint!

Nuestro Carisma

La Palabra de Dios

Misioneros Siervos de los Pobres

N. 02/2024

Queridos amigos: *Laudetur Iesus Christus.*

En la edición anterior, profundizamos sobre el Espíritu Santo y la obra esencial de nuestra santísima Madre en la economía santificadora del Espíritu.

En esta ocasión y siguiendo el mismo hilo conductor, queremos ahondar sobre la *Palabra de Dios*. Empezaremos preguntándonos: ¿qué es, o quién es, la *Palabra de Dios*?

Remontémonos a San Juan en el prólogo de su Evangelio: «*En el principio existía la Palabra y la Palabra estaba con Dios, y la Palabra era Dios. [...] Y la Palabra se hizo carne, y puso su Morada entre nosotros*» (Jn 1, 1.14) Por lo anterior, no queda duda de que la Palabra de Dios no es sólo el libro escrito, es decir, la Biblia, sino que la Palabra es fundamentalmente Cristo mismo. Y esto reviste una importancia capital, porque, al aludir a la Palabra del Padre, nos referimos a una Persona viva y no tan sólo a una letra impresa. Como consecuencia, podremos entender mejor las palabras de la carta a los Hebreos cuando dice: «La Palabra de Dios es viva y eficaz, más tajante que espada de doble filo» (Hb 4, 12) En efecto, la Palabra de Dios es viva porque es Cristo mismo, el Verbo amado del Padre.

Basta con que nos detengamos un poco a meditar sobre lo anteriormente expuesto, para darnos cuenta del misterio salvífico que se extiende ante nosotros. Es lo que se conoce como la «*economía de la salvación*» en la cual Dios Padre, desde toda la eternidad, engendra consubstancialmente a su Hijo, y en la cual del Padre y del Hijo procede el Espíritu Santo, quien no es posterior al Padre y al Hijo, sino eterno como ellos dos. Ese Hijo es quien se encarna en una naturaleza humana y quien, con sus gestos y palabras (gestis verbisque) intrínsecamente conexos entre sí, nos revela al Padre y al Espíritu (cfr. Concilio Vaticano II. Constitución dogmática «*Dei Verbum*» sobre la divina revelación. Roma, en San Pedro, 18 de noviembre de 1965, n° 2).

Las tres Personas divinas están tan compenetradas entre sí que sin el Espíritu no podemos conocer al Hijo y sin el Hijo no podemos conocer al Padre (cfr. Mt 11, 27; 16,17; Jn 14, 26). Con todo, Dios gusta de valerse de mediaciones humanas para llevar a cabo su obra y para ello eligió a la más humilde de sus hijas, María. Es la Virgen María la que, llena del Espíritu, porta en su seno virginal al Hijo hecho carne. Sin el «*hágase (fiat)*» mariano, la Palabra no se hubiera encarnado (cfr. Lc 1, 26-38).

Cristo, la Palabra viva del Padre, para que se transmitieran fiel e íntegramente sus enseñanzas, quiso que los Apóstoles y discípulos predicaran el Evangelio, y ellos comunicaron de forma oral o escrita el mensaje de la salvación, inspirados por el Espíritu Santo (cfr. *Dei Verbum*, nn. 11-12).

Por tanto, y a modo de conclusión de lo anteriormente dicho, la Sagrada Escritura no sería otra cosa que «*la Palabra de Dios en cuanto se consigna por escrito bajo la inspiración del Espíritu Santo*» (cfr. *Dei Verbum*, nn. 11-12). Pues, «si uno lee con atención las Escrituras, encontrará que hablan de Cristo» (San Ireneo).

Todo ello cambia la perspectiva con la que nos acercarnos a la Sagrada Escritura, ya que en ella tenemos un encuentro con Cristo mismo, la Palabra de Dios hecha carne.

En las Constituciones de los Misioneros Siervos de los Pobres (MSP), el art. 1 nos recuerda que el Movimiento ha sido fundado por el Padre Giovanni Salerno, quien llevó a cabo su misión gracias a la Eucaristía, al alimento de la Palabra de Dios y a la lectura asidua de la «*Imitación de Cristo*». Y prosigue el texto: «*Así el misionero puede obtener las fuerzas para no sucumbir ante el horror de tanta miseria humana y puede ser un testigo eficaz de Dios sin convertirse en un simple funcionario o administrador de bienes materiales, cayendo en la tentación del asistencialismo*». (*Constituciones de los MSP*, art. 1).

Por lo tanto, es la confianza amorosa en la Palabra de Dios lo que le posibilita al misionero realizar su servicio. Si el misionero no fuera hacia el pobre con la fuerza de la Palabra de Dios, su servicio quedaría reducido a un mero servicio social, por el cual podría trabajar sencillamente en una ONG; pero la labor misionera es una labor eclesial, que brota del envío que Cristo nos hace a través de su llamada. El misionero que escucha esa llamada va a la búsqueda y al encuentro de sus hermanos que sufren, pero lo hace con la fuerza divina del llamado, y brinda a sus hermanos más necesitados el consuelo no sólo de su visita, sino del amor de Cristo que precisamente está transmitiendo. Y es que el objetivo fundamental de nuestra obra es el de **realizar en medio de los pobres los deseos del Papa**, y de ese modo **aumentar la santidad en la Iglesia** siendo **presencia de la misma en medio de los pobres**.

De lo anterior, se puede deducir que para la vida de los MSP la Escritura es tan importante que incluso constituye uno de los puntos fundamentales de su carisma. A modo de *excursus*: dentro de los estatutos de los MSP existen 14 puntos fundamentales que resumen su carisma. Volviendo a lo que nos interesa, el punto que ahora nos concierne es el n° 8 de los Estatutos que dice lo siguiente: «*La Palabra de Dios es norma de vida que ilumina nuestra misión y que, junto a la Eucaristía, constituye nuestro alimento esencial. Por eso, la práctica de la Lectio Divina y la reflexión bíblica comunitaria son partes fundamentales de nuestra vida*» (Puntos fundamentales del Carisma de los MSP, n° 8).

Y el art. 43 de los Estatutos vuelve sobre el mismo tema, enriqueciéndolo: «*La Palabra de Dios, cada día leída y meditada, ha de alimentarnos para poder transmitirla con fidelidad a los pobres que tienen urgente hambre de ella. Somos conscientes que "Ignorar las Escrituras es ignorar a Cristo" (San Jerónimo). El MSP practica la Lectio Divina y la reflexión bíblica. Nos alimentamos de la doble mesa de la Eucaristía y la Palabra (cfr. Imitación de Cristo, IV, 11, y Código de Derecho Canónico, can. 276 § 2, 2). (cfr. PF. 8)*»

Cada día, a las 5:30 a.m. el "Misionero Siervo de los Pobres" se levanta a meditar la Palabra de Dios haciendo de dicha meditación un diálogo vivo con Cristo. Es de esa fuente desde la que el misionero bebe para poder llevar los tesoros de la Iglesia a los pobres; es de la Sagrada Escritura desde donde el misionero alimenta su alma para poder al mismo tiempo nutrir el alma de tantos pobres que se encomiendan a sus cuidados; es a partir del contacto con la Palabra de Dios que el misionero se hace sensible al dolor de los pobres y de los que sufren. De esa profunda sintonía con la Palabra irradia no su amor propio sino el amor de Cristo.

Hoy, más que en ninguna otra época, se vive la necesidad de ser personas embebidas de la Palabra de Dios, una Palabra que ha nacido y fructificado en medio de la Tradición de la Iglesia Católica, debiéndose por eso evitar la tentación de leerla en desconexión con aquella misma Tradición.

Si Cristo es la Palabra del Padre (cfr. Jn 1, 1) y la Iglesia es su cuerpo (cfr. 1 Cor 12, 27; Col 1, 18) no podemos desligar a Cristo ni de su Iglesia, ni de la Escritura. La Biblia debe leerse dentro de la Iglesia si se quiere encontrar su verdadero sentido. El Concilio Vaticano II, en su "Constitución dogmática *Dei Verbum* sobre la Divina Revelación", nos recuerda hermosamente: «*La Sagrada Tradición, pues, y la Sagrada Escritura constituyen un solo depósito sagrado de la Palabra de Dios, confiado a la Iglesia; [...] el oficio de interpretar auténticamente la Palabra de Dios escrita o transmitida ha sido confiado únicamente al Magisterio vivo de la Iglesia, cuya autoridad se ejerce en el nombre de Jesucristo. [...] Es evidente, por tanto, que la Sagrada Tradición, la Sagrada Escritura y el Magisterio de la Iglesia, según el designio sapientísimo de Dios, están entrelazados y unidos de tal forma que no tiene consistencia el uno sin el otro, y que, juntos, cada uno a su modo, bajo la acción del Espíritu Santo, contribuyen eficazmente a la salvación de las almas*». (cfr. *Dei Verbum*, n° 10).

Misioneros Siervos de los Pobres



Reflexión Bíblica

“¿No ardía nuestro corazón...?”



P. Sebastián Dumont, msp (belga)

Queridos amigos:

Aunque ya conocen el episodio de los discípulos de Emaús, les invito a leerlo de nuevo íntegramente, para que el Señor les renueve a ustedes, como los renovó a ellos.

Escucha:

“Aquel mismo día, dos de los discípulos iban caminando a una aldea llamada Emaús, distante de Jerusalén unos sesenta estadios; iban conversando entre ellos de todo lo que había sucedido. Mientras conversaban y discutían, Jesús en persona se acercó y se puso a caminar con ellos. Pero sus ojos no eran capaces de reconocerlo. Él les dijo: «¿Qué conversación es esa que traéis mientras vais de camino?». Ellos se detuvieron con aire entristecido. Y uno de ellos, que se llamaba Cleofás, le respondió: «¿Eres tú el único forastero en Jerusalén que no sabes lo que ha pasado allí estos días?». Él les dijo: «¿Qué?». Ellos le contestaron: «Lo de Jesús el Nazareno, que fue un profeta poderoso en obras y palabras, ante Dios y ante todo el pueblo; cómo lo entregaron los sumos sacerdotes y nuestros jefes para que lo condenaran a muerte, y lo crucificaron. Nosotros esperábamos que él iba a liberar a Israel, pero, con todo eso, ya estamos en el tercer día desde que esto sucedió. Es verdad que algunas mujeres de nuestro grupo nos han sobresaltado, pues habiendo ido muy de mañana al sepulcro, y no habiendo encontrado su cuerpo, vinieron diciendo que incluso habían visto una aparición de ángeles, que dicen que está vivo. Algunos de los nuestros fueron también al sepulcro y lo encontraron como habían dicho las mujeres; pero a él no lo vieron».

Entonces él les dijo: «¡Qué necios y torpes sois para creer lo que dijeron los profetas! ¿No era necesario que el Mesías padeciera esto y entrara así en su gloria?». Y, comenzando por Moisés y siguiendo por todos los profetas, les explicó lo que se refería a él en todas las Escrituras. Llegaron cerca de la aldea adonde iban y él simuló que iba a seguir caminando; pero ellos lo apremiaron diciendo: «Quédate con nosotros, porque atardece y el día va de caída». Y entró para quedarse con ellos.

Sentado a la mesa con ellos, tomó el pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo iba dando. A ellos se les abrieron los ojos y lo reconocieron. Pero él desapareció de su vista. Y se dijeron el uno al otro: «¿No ardía nuestro corazón mientras nos hablaba por el camino y nos explicaba las Escrituras?». Y, levantándose en aquel momento, se volvieron a Jerusalén, donde encontraron reunidos a los Once con sus compañeros, que estaban diciendo: «Era verdad. Ha resucitado el Señor y se ha aparecido a Simón». Y ellos contaron lo que les había

pasado por el camino y cómo lo habían reconocido al partir el pan” (Lc 24, 13-35).

Medita:

“Jesús se acercó y se puso a caminar con ellos”: Los dos discípulos estaban desesperados, porque sus “esperanzas humanas” puestas en Jesús habían fracasado. La misión de los discípulos nace del encuentro con Cristo resucitado, que toma la iniciativa saliendo a su encuentro. Él les pregunta, los escucha..., les explica las Escrituras y, mediante ellas, les descubre el misterio de su propia Persona, les hace comprender el sentido de su propia vida: pasión, muerte y resurrección. A los dos, “necios y torpes”, les da un corazón que comprende la profundidad del sentido de la Historia de la Salvación, un corazón “que arde”.

¿Permito yo a Jesús que se me acerque, que me enseñe, que saque mi corazón de sus “desesperaciones” rutinarias y lo haga arder? Debo saber que esto lo suele hacer por medio de su Palabra.

“¿No era necesario...?”: Si la falta de amor del ser humano lo había alejado de Dios, ¿no era necesario, para volver a unirlo a Dios, que el amor de Jesús llegara hasta el extremo? Si el pecado había llevado al hombre al sufrimiento y a la muerte, ¿no era necesario que el amor de la cruz fuera el que lo llevara a la Vida?

Este “¿no era necesario?” se refiere también a los sufrimientos, dificultades y hasta fracasos de nuestra vida, que sólo con los ojos de la fe llegamos a percibir como pruebas, que tampoco escapan a la providencia de Dios. Jesús resucitado conservó las llagas de su pasión; de la misma manera, las heridas que voy teniendo en el camino no son ajenas al plan de salvación de Dios sobre mí.

“Levantándose en aquel momento, se volvieron a Jerusalén, donde encontraron reunidos a los Once”: El encuentro con Jesús lleva a amar y a desear la comunión con la Iglesia, la comunidad reunida alrededor del Señor. Dios no ha querido salvarnos aisladamente, sino formando un pueblo. De la misma manera lo único que desea la Iglesia es que nos encontremos con Jesús y con el prójimo.

¿Acudo semanalmente a la Eucaristía, para encontrarme con el Señor resucitado que vivifica a su Iglesia?

Ora: Estos dos discípulos invitaron a Jesús: “¡Señor, quédate con nosotros!”. Tú dile libremente lo que quieras en este momento.

Vive: Lo que el Señor te haya hecho comprender en esta meditación de su Palabra, cúmplelo.



Reflexión Patrística

San Atanasio

P. Walter Corsini, msp (italiano)

Queridos amigos, *Laudetur Iesus Christus*.

Continuando nuestro camino patrístico, encontramos ahora a san Atanasio de Alejandría. Este auténtico protagonista de la Tradición cristiana, ya pocos años después de su muerte, fue aclamado como “la columna de la Iglesia” por el gran teólogo y obispo de Constantinopla san Gregorio Nacianceno (*Discursos 21, 26*).

No es casualidad que Gian Lorenzo Bernini (1598-1680) colocara su estatua entre las de los cuatro santos Doctores de la Iglesia oriental y occidental —juntamente con san Ambrosio, san Juan Crisóstomo y san Agustín—, que en el maravilloso ábside de la basílica vaticana rodean la Cátedra de san Pedro.

San Atanasio es el apasionado teólogo de la encarnación del *Logos*, el Verbo de Dios.

Nació probablemente en Alejandría, en Egipto, hacia el año 300; recibió una buena educación antes de convertirse en diácono y secretario del obispo de la ciudad, san Alejandro. En calidad de colaborador de su obispo, participó con él en el concilio de Nicea, el primero de carácter ecuménico, convocado por el emperador Constantino en mayo del año 325 para asegurar la unidad de la Iglesia. Los Padres reunidos en Nicea pudieron afrontar varias cuestiones, principalmente el grave problema originado algunos años antes por la predicación de Arrio, un presbítero de Alejandría.

Este, con su teoría, constituía una amenaza para la auténtica fe en Cristo, declarando que el *Logos* no era verdadero Dios, sino un Dios creado, un ser “intermedio” entre Dios y el hombre; de este modo el verdadero Dios permanecía siempre inaccesible para nosotros. Esta posición teológica era evidentemente fruto del deseo de defender el monoteísmo de la tradición judía; el arrianismo fue la herejía más importante en el contexto cristiano; los pueblos bárbaros conocieron el cristianismo en su interpretación arriana y se llegó a tener un número de cristianos “arrianos” mayor que el de los cristianos “católicos”.

Los obispos reunidos en Nicea respondieron a este desafío redactando el “Símbolo de la fe” que, completado más tarde por el primer concilio de Constantinopla, ha quedado en la tradición de las diversas confesiones cristianas y en la liturgia como el *Credo niceno-constantinopolitano* (el Credo largo que rezamos en las celebraciones eucarísticas).

En este texto fundamental aparece el término griego *homooúsios*, en latín *consubstantialis*, el cual indica que el Hijo, el *Logos*, es “de la misma substancia” del Padre, es Dios de Dios, es su substancia; así se subraya la plena divinidad del Hijo negada los arrianos.

Al morir el obispo san Alejandro (250-326), en el año 328 san Atanasio pasó a ser su sucesor e inmediatamente rechazó con decisión cualquier componenda con respecto a las teorías arrianas condenadas por el concilio de Nicea.

Pero las erróneas ideas arrianas volvieron a prevalecer y fueron sostenidas por motivos políticos por el propio emperador Constantino y después por su hijo Constancio II. Este, al que le preocupaban más la unidad del Imperio y sus problemas políticos que la verdad teológica, quería politizar la

fe, haciéndola más accesible, según su punto de vista, a todos los súbditos del Imperio.

En cinco ocasiones —durante treinta años, entre 336 y 366— san Atanasio se vio obligado a abandonar su ciudad, pasando diecisiete años en el destierro y sufriendo por la fe. Pero, durante sus ausencias forzadas de Alejandría, el obispo pudo sostener y difundir en Occidente la fe de Nicea así como los ideales del monaquismo, abrazados en Egipto por el gran eremita san Antonio, con una opción de vida por la que san Atanasio siempre se sintió atraído.

Al volver definitivamente a su sede, el obispo de Alejandría pudo dedicarse a la pacificación religiosa y a la reorganización de las comunidades cristianas. Murió el 2 de mayo del año 373, día en el que celebramos su memoria litúrgica.

La obra doctrinal más famosa del santo obispo de Alejandría es el tratado *Sobre la encarnación del Verbo*, el *Logos* divino que se hizo carne, llegando a ser como nosotros, por nuestra salvación. En esta obra, san Atanasio afirma, con una frase que se ha hecho justamente célebre, que el Verbo de Dios “se hizo hombre para que nosotros llegáramos a ser Dios; se hizo visible corporalmente para que nosotros tuviéramos una idea del Padre invisible, y soportó la violencia de los hombres para que nosotros heredáramos la incorruptibilidad” (54, 3). Con su resurrección, el Señor destruyó la muerte como si fuera “paja en el fuego” (8, 4). La idea fundamental de toda la lucha teológica de san Atanasio era precisamente la de que Dios es accesible. No es un Dios secundario, es el verdadero Dios, y a través de nuestra comunión con Cristo nosotros podemos unirnos realmente a Dios. Él se ha hecho realmente “Dios con nosotros”.

San Atanasio también es autor de textos de meditaciones sobre los Salmos y, sobre todo, de una obra que constituye el *best seller* de la antigua literatura cristiana, la *Vida de san Antonio*, es decir, la biografía de san Antonio abad, escrita poco después de la muerte de este santo. San Atanasio fue amigo del gran eremita hasta el punto de que recibió una de las dos pieles de oveja que él le dejó como herencia, junto con el manto que el mismo obispo de Alejandría le había regalado.

La biografía ejemplar de ese santo tan apreciado por la tradición cristiana, que se hizo pronto sumamente popular y fue traducida inmediatamente dos veces al latín y luego a varias lenguas orientales, contribuyó decisivamente a la difusión del monaquismo, tanto en Oriente como en Occidente.

El mismo san Atanasio muestra que tenía clara conciencia de la influencia que podía ejercer sobre el pueblo cristiano la figura ejemplar de san Antonio. En la conclusión de esa obra escribe: “El hecho de que llegó a ser famoso en todas partes, de que encontró admiración universal y de que su pérdida fue sentida aun por gente que nunca lo vio, subraya su virtud y el amor que Dios le tenía” (*Vida de san Antonio*, 93, 5-6).

Tenemos muchos motivos para dar gracias a san Atanasio. Su vida, como la de san Antonio y la de otros innumerables santos, nos muestra que “quien va hacia Dios no se aleja de los hombres, sino que se hace realmente cercano a ellos” (Benedicto XVI. *Encíclica “Deus caritas est”*, n° 42).

Reflexión Cristológica

Cristología en el Antiguo Testamento (II) - El Rey

P. Walter Corsini, msp (italiano)

Queridos amigos:

Laudetur Iesus Christus.

Continuando el análisis bíblico de nuestro camino cristológico, reafirmamos que el recurso al Antiguo Testamento como preparación al encuentro con Cristo en el Nuevo Testamento es no sólo posible, sino necesario.

El Nuevo Testamento nos dice quién es Cristo, pero el Antiguo nos revela qué es y cómo es Cristo. El Antiguo dispone al encuentro personal, el Nuevo lo realiza.

Jesús mismo dice que las Escrituras (refiriéndose, en ese caso, al Antiguo Testamento) hablan de ÉL (cfr. Jn 5, 39-47).

De entre los modelos que se pueden asumir para la relectura cristológica del Antiguo Testamento, me inspiró en el modelo propuesto por el P. Jean Galot, S.J., quien insistía en subrayar “la tendencia a la encarnación salvífica” por parte de Dios en favor de la humanidad, una tendencia que alcanza su plenitud en Cristo, encuentro único y definitivo entre Dios y el hombre.

Esta tendencia o dinamismo puede ser estudiado analizando, entre otras, seis mediaciones del Antiguo Testamento que, cada una por su parte, han ido conduciendo al fiel lector al descubrimiento de algunas características del Mesías que, evidentemente, en Cristo han alcanzado su plenitud.

Podemos decir que cada una de estas mediaciones es como el color de un cuadro: cada uno aporta algo y todos juntos van dibujando cada vez más claramente la figura del Hombre-Dios que, de todas formas, siempre excede a cualquier definición.

Estas seis mediaciones pueden dividirse en dos grupos: el primero reúne tres figuras de raíz terrena (rey, sacerdote y profeta), mientras que el segundo presenta tres mediadores celestiales (el ángel de Yahvé, la Sabiduría y el Hijo del Hombre).

Intentaremos, en este artículo, y en algunos más, analizar cada una de estas mediaciones, viendo los indicios de preparación a la figura del Mesías que ya el Antiguo Testamento nos había ofrecido.

Mediación real (el Rey)

En el Nuevo Testamento Jesús es presentado como personaje “real”.

Esta revelación de la realeza de Jesús se manifiesta públicamente ante Pilato: “¿Eres tú el rey de los judíos?”. Él le respondió: “Sí, tú lo dices” (Mc 15, 2). Por ello “sobre su cabeza pusieron, por escrito, la causa de su condena: «Este es Jesús, el rey de los judíos»” (Mt 27, 37). Jesús es hijo de David e hijo de Dios (cfr. Lc 1, 32), en la línea mesiánica que veía en el rey davídico el mediador de la salvación entre Dios y su pueblo.

La presentación de Jesús como rey resulta ser el último anillo de un recorrido veterotestamentario que intentamos ahora sintéticamente presentar.

En 2 Sam 7, 8-16 Natán anuncia al rey David la voluntad de Dios que promete la protección divina sobre la casa de David y su reino como una especie de prolongación del pacto del Sinai.

Esto le permite al pueblo mismo volver a leer su historia comunitaria y enlazarla con la tradición anterior.

Se descubre una línea “real” que de manera progresiva desembocará definitivamente en Jesús y que tiene en el rey David el precursor por excelencia.

Esta línea arranca de la victoria sobre el enemigo (Gen 3, 15), pasa por la vocación de Abrahán (Gen 12, 1-3) ligada a la historia del pueblo de Israel, desde allí portador de una promesa que sólo en el rey David y su descendencia se va a realizar, promesa en la que se vislumbra la preeminencia de la casa de Judá (Gen 49, 8-12) y una misteriosa estrella que saldrá del mismo seno de Jacob (Num 24, 15-19).

También la meditación de los salmos nos pone en este ambiente de “realeza”.

Se habla de un rey davídico, contemporáneo del salmista, elegido y consagrado por Dios; sin embargo, en general, se apunta a un futuro mesías rey.

Otro momento importante del AT en este tema es el definido “ciclo del Emanuel” que encontramos en el profeta Isaías.

Se presenta tristemente la traición y negación de la realeza (cfr. Is 7, 10-17), pero Dios, fiel a la palabra dada a David, promete el nacimiento del “Emanuel”, un rey ideal. La promesa se cumple con la concepción virginal de Jesús (cfr. Mt 1, 23). Más adelante el mismo profeta, en plena dominación asiria, canta un himno de liberación relacionado con el nacimiento del rey davídico justo (cfr. Is 9, 1-6). Van apareciendo las características de este futuro rey ideal: será de la casa de David; estará enriquecido de espíritu profético; con él reinará la justicia cual reflejo terreno de la santidad de Yahvé (cfr. Is 11, 1-9).

Existe entonces una teología veterotestamentaria de una salvación estrechamente ligada a la estirpe de David.

Se va vislumbrando un futuro rey misterioso, humilde, pero victorioso y con poder universal.

Los numerosos fracasos de los reyes históricos cambian la óptica del pueblo, proyectando la esperanza en un futuro rey, mediador entre Dios y el pueblo, entre Dios y el hombre.

Jesús es la realización plena de todas estas esperanzas ligadas a la realeza; es un rey verdadero que, desde su entronización a la derecha del Padre cual Rey y Señor del universo, posibilita nuestra realeza, que tiene como campo de acción la realidad de cada día; como instrumento de poder, la cruz; y, como premio final, la vida eterna.



Reflexión espiritual

Los pobres nos ayudarán a vivir la gracia del Año Jubilar 2025: “Peregrinos de esperanza”

P. Alois Höllwert, msp (austriaco)

“El Espíritu del Señor está sobre mí, porque Él me ha ungido. Me ha enviado a evangelizar a los pobres, a proclamar a los cautivos la libertad, y a los ciegos, la vista, a poner en libertad a los oprimidos; a proclamar el año de gracia del Señor” (Lc 4, 18) Comentando este pasaje del profeta Isaías, Jesús decía: “Hoy se ha cumplido esta Escritura” (Lc 4, 21). Este “hoy” pronunciado por el Señor permanece vigente hasta el último día, como nos lo prometió antes de su ascensión al Cielo: “Yo estaré siempre con ustedes hasta el fin del mundo” (Mt 28, 20b).

Los pobres son, según la cita de Isaías, los primeros destinatarios del anuncio del Evangelio, que es mensaje de salvación. Cristo quiso preferir a los pobres, no con una intención de exclusión, como si dijera: “Vengo a salvar a los pobres y no a los ricos”, sino al contrario, con la intención de reunir a todos los hombres y regalarles la salvación. Los pobres son entonces el camino que Dios ha elegido para superar todas las divisiones que son fruto del pecado.

¿No son los pobres también el camino para vivir de la mejor manera, según el proyecto de Dios nuestro Padre, la gracia del Año Jubilar? El Año Santo nos ayuda a tener una mayor conciencia de que inmerecidamente somos los destinatarios de la sobreabundante misericordia de Dios. Pero, ¿cómo podemos vivir este Año Jubilar con verdadero provecho espiritual? Quizá los pobres nos puedan ayudar en nuestro camino de seguimiento de Cristo.

El lema del Año Santo es “Peregrinos de esperanza”. La esperanza es la virtud de los que están en camino, que aún no han alcanzado la meta. Por eso la esperanza cristiana nos hace a la vez ricos y pobres. ¡Una paradoja digna de nuestra fe cristiana! Y es así porque la auténtica esperanza se funda sobre una fe inquebrantable en la real y segura promesa de Dios, que es ya un verdadero anticipo de la felicidad futura, pero al mismo tiempo nos hace vivir como “desterrados en este valle de lágrimas”, porque la plena felicidad comenzará únicamente cuando escucharemos de boca de Cristo Juez la invitación: “Vengan, benditos de mi Padre, y reciban en herencia el Reino que les fue preparado desde el comienzo del mundo” (Mt 25, 34).

Sobre “el juicio de Dios, que tiene lugar tanto al culminar nuestra existencia terrena como al final de los tiempos”, en la bula de convocación del Año Santo titulada “*Spes non confundit*” (“La esperanza no defrauda”), el Papa Francisco

dice: “Aunque es justo disponernos con gran conciencia y seriedad al momento que recapitula la existencia, al mismo tiempo es necesario hacerlo siempre desde la dimensión de la esperanza, virtud teologal que sostiene la vida y hace posible que no caigamos en el miedo” (nº 22). Y prosigue diciendo que será el Dios que es Amor (cfr. 1Jn 4. 8.16) quien nos juzgará, sobre todo teniendo en cuenta cómo hemos tratado a nuestros hermanos más necesitados (con las obras de misericordia tanto materiales como espirituales¹), pues en ellos encontramos todos los días al mismo Cristo quien un día nos juzgará.

Por eso los pobres son para nosotros un motivo de esperanza en un doble sentido.

Primero, porque el amor hacia ellos con las obras de misericordia nos ayudará a ganar el Cielo. Se puede decir, sin exagerar, que los pobres son nuestros verdaderos bienhechores, pues nos abrirán algún día las puertas del Reino de los Cielos.

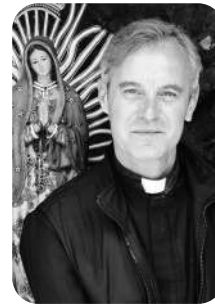
Segundo, porque, además, como si eso no fuera ya suficiente, los pobres son nuestros maestros en el seguimiento de Cristo. La situación de las personas que viven en la pobreza hace que ellas sean particularmente sensibles respecto de la virtud de la esperanza, que les es esquiva por las graves dificultades que encuentran. Pero, al mismo tiempo y a pesar de esto, son las que despiertan en nosotros la auténtica esperanza cristiana con el testimonio de sus vidas. ¡Qué maravillosa obra de la gracia! Porque la pobreza material, aunque no es ningún bien en sí, puede convertirse, si es aceptada con un corazón libre, en una situación que abre a Dios y a la confianza en su paternidad providente. ¿No son los pobres los que continuamente evangelizan este mundo que se hunde en la búsqueda de placeres y riquezas superficiales y engañosas? Y nosotros, los que disponemos de medios para ayudarlos, somos entonces responsables de devolverles la esperanza, despertando en ellos nuevamente el gusto de vivir.

Y ahora les propongo un propósito para vivir este Año Santo según el proyecto de Dios Padre sobre cada uno de nosotros: “Me dejaré evangelizar por los pobres, yendo a su encuentro con mis tesoros (mi vida, mi tiempo, mis talentos, etc.) para encontrar en ellos a Jesucristo, el único capaz de llenar mi corazón con una esperanza que nunca se apaga”.

¹ Cfr. *Catecismo de la Iglesia Católica*, nº 2447.

Reflexión Vocacional

ELOGIO DEL SILENCIO (XI): El silencio en los MSP (II)



P. Álvaro de María, msp (español)

Para los que no han tenido oportunidad de leer los artículos anteriores, o para aquellos que hayan podido olvidar la motivación de éstos últimos publicados, recordamos que tenemos la pretensión de mostrar cómo entendemos el silencio (como actitud y virtud) en los MSP, sirviéndonos del magisterio que nos ha dejado nuestro fundador, el P. Giovanni Salerno (q.e.p.d.). Ya comenzamos, en el artículo anterior, a recoger algunas citas¹ referentes a este tema en un documento fundamental para nuestro carisma: "Los Pilares del Movimiento «Siervos de los Pobres»" (del 12 de octubre de 1987). En el primer capítulo, en que enumera algunos de estos "pilares" esenciales, en el apartado 2 titulado "contemplación", dice:

Estamos llamados a la contemplación; a abrir nuestros corazones al Señor y a su Reino que está entre nosotros. Este abrir nuestro corazón tiene un camino seguro: el silencio y la oración. Pero al mismo tiempo estamos llamados a ser "contemplativos en la acción", a poner en nosotros el sufrimiento de los pobres, sentir y palpar el ritmo del Corazón de Jesús. Este trabajar con los más necesitados se transforma en contemplación silenciosa. Y es que en cada uno de nuestros hermanos a quienes servimos vemos el Rostro de Cristo. Al contemplar el Rostro de Dios, nuestra acción se convierte en contemplación continua.

Es sumamente gratificante el caer en la cuenta que la expresión usada aquí por el P. Giovanni de que ser "contemplativo en la acción" debe definir al MSP, ya en un documento de 1987, fue posteriormente usada magistralmente por San Juan Pablo II en la encíclica "Redemptoris Missio" (sobre la permanente validez del mandato misionero), fechada el 7 de diciembre de 1990: "El misionero ha de ser un «contemplativo en acción»" (nº 91). Y es que son términos correlativos: silencio→oración→conversión→acción. El silencio lleva a la oración (contemplación), ésta va transformando al misionero en testigo creíble (conversión profunda, a imitación de Cristo), lo que necesariamente conduce a la acción-misión (que no es sólo actividad apostólica sino fecunda presencia testimonial entre los pobres).

Un poco más adelante, en el apartado 3 titulado "Austeridad", continúa:

La austeridad ha de ser reflejada en nuestra vida, en nuestro comportamiento, en nuestras relaciones, pero principalmente en las actitudes de nuestro corazón (...) para no distraernos del silencio que engendre en nosotros la vida.

Y es que, por si acaso a estas alturas no hubiera quedado todavía del todo claro: el silencio no es sólo algo "exterior" sino sobre todo una actitud del corazón que se identifica con virtudes tan fundamentales como la humildad, la docilidad, la confianza o la obediencia

(que consisten precisamente en acallar, silenciar, esas otras voces que distraen nuestro corazón: el orgullo, las rebeldías, los miedos, las preocupaciones, el amor propio, etc, etc)

Lo que explica que, en el siguiente apartado 4, titulado mismamente "Silencio", insista en estas actitudes del corazón:

Fundarse sobre Cristo, piedra angular, significa revivir el estilo de su vida. Jesús es el Siervo de Yahvéh que (...) cumplió su voluntad en silencio. Sin quejas egoístas. Este mismo silencio ha de reinar en nuestra vida, en nuestra casa. Un silencio que nos da vida, que no es mutismo, pero que por medio de él abrimos nuestros oídos para escuchar la voz del Padre. Es por ello que necesitamos acostumbrarnos a este silencio. Es un precioso aliado de nuestro trabajo: nos aparta de la distracción y nos abre camino para la oración, facilita nuestra continua conversión. Verdaderamente con el silencio estamos más cerca de Dios y de los pobres.

Y conclusivamente, en el final tercer capítulo que titula "Invitación", en el apartado 2 que lleva como nombre "¡Sé valiente!", concluye:

Los pobres del Tercer Mundo no necesitan sólo alimentos, ropas, medicinas...: necesitan sobre todo de personas dispuestas a compartir con ellos el camino hasta la adquisición de la dignidad humana. Necesitan también de verdaderos contemplativos, de almas generosas que estén dispuestas a la entrega en el silencio.

Dicho de otra manera: nuestra misión es, sobre todo, conducir a los pobres a la santidad, que es la más grande riqueza, y esto sólo lo pueden realizar santos misioneros que se gestan en el silencio; un silencio contemplativo que va moldeando en nosotros el corazón de Cristo, con sus mismas actitudes y sentimientos.

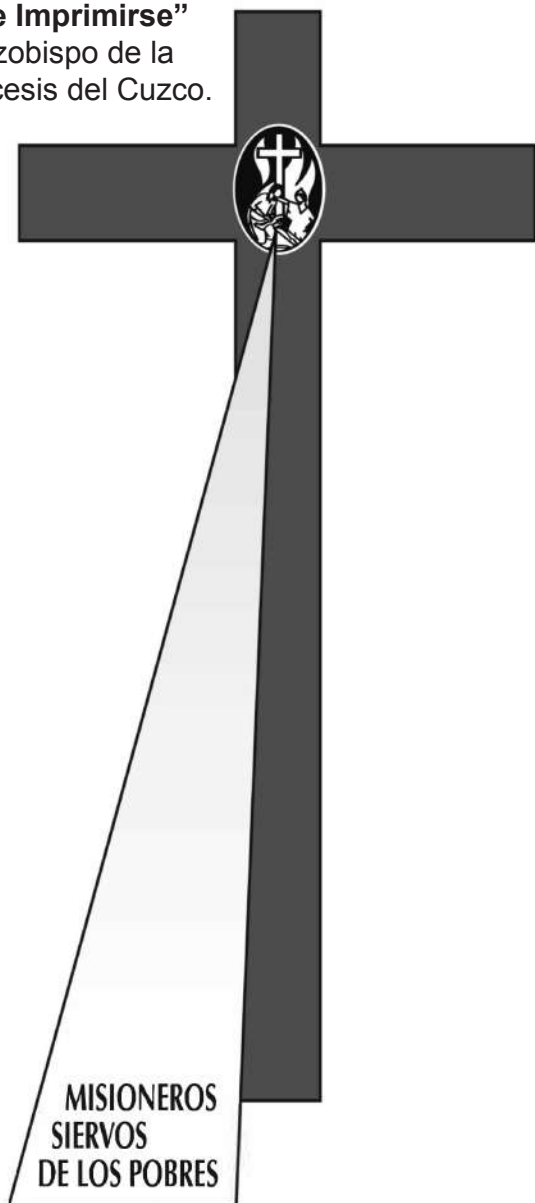
Como hemos señalado, era apenas el año 1987 cuando el P. Giovanni escribió este documento, Apenas en los años iniciales de los MSP; pero ven que los cimientos los tenía ya bien claros, ...y profundos!!!

¹ Ya en el artículo anterior expresábamos que recogeríamos literalmente las expresiones del P. Giovanni resaltándolas en negrita, añadiendo solamente algunos pequeños comentarios (la mayoría de las veces, no lo necesitarían).

Opus Christi Salvatoris Mundi

Misioneros Siervos de los Pobres

Con autorización
Eclesiástica
"Puede Imprimirse"
del Arzobispo de la
Arquidiócesis del Cuzco.



OPUS CHRISTI SALVATORIS MUNDI

Es decir, diferentes realidades misioneras (Sacerdotes y hermanos consagrados, religiosas, matrimonios misioneros, Sacerdotes y hermanos especialmente dedicados a la vida de oración y a la contemplación, socios, oblatos, colaboradores, Grupos de apoyo) quienes comparten el mismo carisma y se remontan al mismo fundador.

MISIONEROS SIERVOS DE LOS POBRES

Formado por aquellos miembros del Opus Christi, llamados a seguir un camino de consagración más profunda con las características de la vida comunitaria y la profesión de los consejos evangélicos según su condición. (Se tiende a ser reconocidos canónicamente como dos Institutos Religiosos: Uno para la Rama Masculina de los Padres y Hermanos y otro para la Rama femenina de las Hermanas)

LAICOS ASOCIADOS

Con las dos ramas principales (masculina y femenina) de consagrados, está especialmente relacionada la Fraternidad de los Matrimonios Misioneros Siervos de los Pobres, formada por parejas de cónyuges que se comprometen a través de otros vínculos (conformemente a su estado a vivir el carisma y apostolado de los MSP)

GRUPOS DE APOYO DEL MOVIMIENTO

Encaminados a la profundización y difusión de nuestro carisma, trabajando para la conversión de todos y cada uno de los miembros gracias a la organización de encuentros periódicos.

OBLATOS

Laicos o religiosos que quieren hacer un compromiso de oración y de divulgación de los MSP, con un ritual de compromiso.

LOS OFERENTES

Personas que colaboran con el ofrecimiento de sus oraciones y sus sufrimientos por los MSP, pero sin compromiso vinculante con los MSP.

Los interesados escribir:

ESPAÑA:

CASA DE FORMACIÓN "SANTA MARÍA"

Carretera a Mazarambroz, s/n
45110 Ajofrín - TOLEDO (ESPAÑA)

Tel.: (00-34) 925 39 00 66

e.mail: casaformacionajofrin@gmail.com

PERÚ

Misioneros Siervos de los Pobres

P.O.BOX 907

Cuzco (PERU)

Tels. 0051 956 949 389 - 0051 984 032 491

e.mail: msptm.cuzco@gmail.com



www.msptm.com



Misioneros Siervos de los Pobres / Missionary Servants of the Poor



[misionerossiervosdelospobres](https://www.instagram.com/misionerossiervosdelospobres)



[@MisionerosSiervosdelosPobres](https://twitter.com/MisionerosSiervosdelosPobres)



[Misioneros Siervos de los Pobres](https://www.youtube.com/channel/UC...)



Ahora puedes recibir este Boletín en formato PDF.

Puedes solicitarlo enviando un e-mail a missionaricuzco@gmail.com